

Los reyes, en primer lugar, y en segundo los que hacen sus veces, son los que tienen esta sagrada obligación, conforme al sagrado texto: «¿Te ha constituido Dios, dice el *Eclesiástico*<sup>1</sup>, superior de estos individuos? Pues ten cuidado de ellos.»

Nuestros soberanos, penetrados bien de este principio, han querido siempre desempeñar este divino precepto. Las repetidas y piadosas órdenes que en todos tiempos han expedido para que se establezcan escuelas en todos los pueblos; las academias que han erigido en este y en el otro continente; los colegios que han recibido bajo su patronato real; los premios que han querido se consagren al mérito, etc., etc., son pruebas nada equívocas de que han tratado de desterrar de entre sus vasallos la holgazanería y la ignorancia, y de consiguiente la miseria y el vicio, detestando como reyes católicos aquel inicuo axioma del falso político Maquiavelo, que decía ser conveniente á las metrópolis mantener sus colonias pobres y estúpidas, como si la indigencia y la barbarie fueran más poderosas para sujetar á los hombres á la razón que no la mediocridad y la doctrina ó enseñanza.

Los excelentísimos señores virreyes han cumplido, por su parte, las disposiciones de los reyes, publicando sus órdenes y haciéndolas valer en lo posible. Pues si

<sup>1</sup> *Ecl.*, XXXI, 1 y 2.

esto ha sido así, dirás: ¿en qué consiste que en el reino haya tanto holgazán, ignorante y vicioso como se ve? No sé si atinaré con la respuesta; pero escucha: No siempre depende de las primeras voluntades el que se cumplan sus benéficas intenciones. Ni los reyes, ni los virreyes, ni los magistrados, ni cualesquiera superiores son como Dios, que con un solo acto hace cumplir su voluntad por sí, sin necesidad de ajeno auxilio. Todos los hombres son muy miserables y limitados; siempre estamos dependientes unos de otros y necesitamos valerlos de los demás para verificar muchas veces nuestros designios. He aquí la resolución del problema.

Los reyes han querido que sus vasallos se instruyan y se eduquen rectamente; para esto han mandado se establezcan y fomenten escuelas en todas partes; sus vicerregentes han comunicado las reales órdenes á los jueces y curas de los pueblos, como que éstos son los agentes inmediatos y á quienes corresponde llenar las benéficas intenciones del soberano. Y bien, ¿se cumplen en todas sus partes y como debía ser? Los resultados dicen que no, por más que los subdelegados y párrocos digan que hacen cuanto pueden.

No ignoro que algunos de éstos se desvelan y se afanan porque los indios de sus pueblos reciban la instrucción más conveniente y proporcionada á su capacidad; pero también sé que no son los más, y por esta

verdad responde la estupidez de los indios de casi todas las provincias del reino.

No solamente en los pueblos se lamenta este descuido en la primera educación de los pobres. En las ciudades y en la capital misma no se observa mejor con corta diferencia. ¿No ves la multitud de muchachos tra-pientos y haraganes que vagan todo el día por las calles? ¿no te encuentras á cada paso con una tropa de vagabundos que andan jugando á los clavitos y al picado en las esquinas y plazuelas, sin más aparente ocupación que vender billetes? ¿No te ha escandalizado el ver pedir limosna á unas criaturas de cuatro y cinco años? Pues esto ¿qué prueba sino que tienen unos padres indolentes y unos curas que tal vez ignoran que tienen semejante clase infeliz de feligreses?

Después que yo veo la abundancia de muchos per-dularios que sobrecargan con su peso la sociedad, no me hace fuerza encontrar unos hombres borrachos tirados en las calles como unas bestias, ni me admira que haya tantos ladrones y viciosos arrastrando una cadena, su-friendo unos azotes afrentosos ó pagando en el último suplicio sus delitos. Nada de esto me admira, porque es consiguiente á la abandonada educación que recibieron, y sería un delirio esperar frutos sazonados de semillas ruines.

Ya ves aquí descubierto el origen de los vicios que

especialmente notas entre la gente pobre é ignorante, y ves cómo no bastan á impedirlos las más sanas provi-dencias de los reyes ni las ineficaces diligencias de los que gobiernan en su nombre. Los ojos que miran de cerca á sus pueblos y las manos que están destinadas para repartirles el pan de la doctrina, son los que deben cooperar á esta grande obra.

Para ella no basta que haya escuelas en los pueblos ni en las feligresías; se necesitan indispensablemente dos cosas, y faltando una de ellas, las escuelas valdrán tanto como nada. Es, pues, preciso que haya escuelas; pero que estén encargadas á maestros idóneos, no sólo para enseñar el catecismo y las primeras letras á los muchachos, sino también buenas costumbres. Mas ¿qué se podrá esperar de unos maestros, como yo los he visto, no sólo ignorantes, sino también vi-ciosos? Alguno he conocido que desde la mañana hasta la tarde estaba enviando por aguardiente. Todo el día borracho, ¿qué podría enseñar á sus discípulos, y qué aprovechados saldrían éstos con un ejemplo seme-jante?

No es raro hallar en los pueblos esta clase de individuos, ni es difícil encontrar sujetos de probidad é instrucción que desempeñen el título de maestros á satisfacción de los curas; pero dotándolos regularmente. Mas querer hallar hombres instruídos y á propósito

que se sujeten á esta fastidiosa tarea por veinte ó catorce reales semanarios es imposible.

Dótese bien esas plazas y sobraré quién las ocupe dignamente. Si se me preguntara ¿de qué fondos debían salir estas dotaciones? Yo dijera que de las cajas de comunidad de los indios y de las particulares de los comerciantes y hacendados de sus pueblos, pues á todos alcanzaba el beneficio de la buena educación de los muchachos.

No es esto tan difícil como parece. Si los señores párrocos persuadieran á los indios de las ventajas que resultarían á ellos y á sus hijos de la buena educación que éstos les dieran; si les hicieran ver que era más grato á Dios y provechoso á ellos que educasen bien á sus hijos que no que gastasen su dinero en fiestecitas, ni en vestidos de soldados en la Semana Santa, en comedias, loas, retos y otras frioleras inútiles cuando no perniciosas á ellos mismos, seguramente recibirían los paternales consejos de sus curas; porque el indio, en concibiendo que le interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los mayores sacrificios, y abrazada por ellos esta idea, franquearían sus arcas y se hallaría con qué dotar maestros hábiles que gobernasen sus escuelas, que es la primera condición que se requiere para la buena educación de los pueblos.

La segunda no es menos importante, y consiste

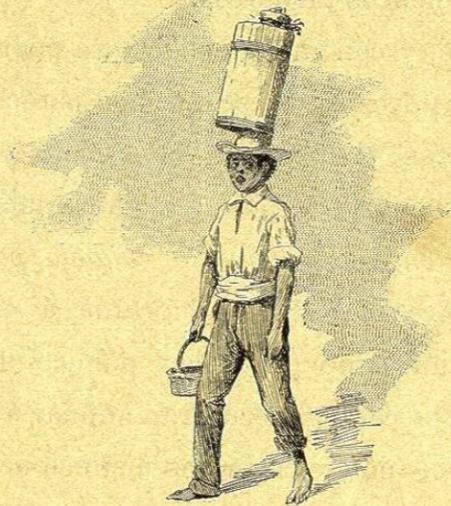
en celar que los muchachos vayan á ellas; porque si no ¿de qué servirán los buenos maestros? Esto me parece menos difícil que lo primero, en queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos. ¿Qué dificultad hay para saber cuántos muchachos hay en un pueblo? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los días como se hace con los soldados? Faltando alguno, ¿qué teología se necesita para averiguar en quién consiste la falta, si en el muchacho ó en su padre, ni para castigar irremisiblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, auxiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiría el fin y se llenarían muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo, y con más facilidad, se podría hacer en las ciudades; y ves aquí, según me parece, realizado en dos palabras el plan de educación general, que hasta hoy tenemos en un pie lamentable: *Buenos maestros que enseñen y mucho cuidado para que los muchachos aprendan.* Si por fortuna á este cuidado se juntara algún amor del bien público de parte de los párrocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entonces yo aseguro que no muy lejos, dentro de diez años, se harían demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraído mucho en esta conver-

sación, que quizá te habrá enfadado por prolija, aunque tú has tenido la culpa, por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interés y compasión. Son ya las doce, y se me había olvidado que tengo que ir á casa del marqués.

Yo le dí las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que, lejos de fastidiarme su conversación, siempre me era demasiado agradable por la instrucción que en ella recibía. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con doña Matildita y su niña, y á poco me despedí también.



## CAPITULO XV

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita y el casamiento de Culás y Marantoña.

Al día siguiente pasé mi catre, mi baúl y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á doña Eufrosina para que dispusiera el paseo